

LA COLECCIÓN DE OBRAS DE ARTE DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

De José María Palencia Cerezo, editada por CajaSur, Córdoba, 2002¹

El libro *La colección de obras de arte de la Real Academia de Córdoba* recoge el estudio y catalogación de las mismas, hecho por José M^a. Palencia Cerezo, autor del texto, y las reproducciones fotográficas conseguidas por Álvaro Holgado.

Sale la obra por la decidida voluntad de la Real Academia y por el buen hacer de la Obra Social y Cultural de CajaSur, como un empeño personal cuando al hacerme cargo de la dirección de la Academia me abrumó el no contar con este preciso y precioso instrumento para conocer las colecciones artísticas que viene atesorando la Corporación cordobesa desde su fundación en el año 1810.

Se estudian en el libro 35 pinturas, 29 esculturas, 65 dibujos, 14 grabados y 3 guadamecías, todos ellos adquiridos por donación a la Academia. Hoy habría que añadir otras donaciones posteriores al libro, pues afortunadamente este proceso es continuo. En el prólogo citamos en concreto algunas de ellas.

Nos hemos referido al buen hacer de la Obra Social y Cultural de CajaSur, que ha respondido siempre con generosidad a las necesidades de la Academia. Desde el año 1976 viene ejerciendo un amplio mecenazgo sobre esta Institución, uno de cuyos hitos más señalados se sitúa en el año 1998 con la donación de dos edificios para la ampliación de su sede y otro en el año 2000 con un significativo incremento (300%) de la subvención anual que venía recibiendo.

Pero las entidades y las empresas son lo que sus gestores, sus responsables, quieren que sean. Y detrás de la Obra Social y Cultural de CajaSur se encuentra nuestro compañero el Académico Numerario D. Miguel Castillejo Gorraiz, D. José Eduardo Huertas Muñoz y D. Juan Carlos Cabello. Ellos han sido los verdaderos motores del libro que presentamos, como de otros muchos empeños de la Academia, que han resultado valiosas aportaciones a las Ciencias, a las Letras y a las Artes, para bienestar de los ciudadanos.

Por eso, ante las especiales circunstancias por las que hoy atraviesa CajaSur, me atrevería a decir que por mor de su Obra Social y Cultural, quiero dejar público testimonio de nuestro agradecimiento por su generoso mecenazgo. Y no sólo a CajaSur y a su Obra Social y Cultural, sino también y de manera afectuosísima a nuestro amigo y compañero Miguel Castillejo.

Para terminar, debemos felicitar y agradecer la colaboración de las personas e instituciones que han hecho posible que el libro *La colección de obras de arte de la Real Academia de Córdoba* vea la luz: Real Academia, Obra Social y Cultural de CajaSur,

¹ Palabras de Joaquín Criado Costa en el acto de presentación del libro, en el salón de actos de CajaSur, el 17 de diciembre de 2002.

D. José M^a. Palencia Cerezo, D. Álvaro Holgado y, por entendido, los donantes de las obras artísticas.

Dr. Joaquín Criado Costa

PALABRAS. ORIGEN Y EVOLUCIÓN

De Lorenzo Miranda Morán. Córdoba¹

El término palabra, derivado del latín *parabola*, tiene múltiples acepciones en el *Diccionario* de la Real Academia Española, como las siguientes: “segmento del discurso unificado habitualmente por el acento, el significado y pausas potenciales inicial y final”, “representación gráfica de la palabra hablada”, “facultad de hablar”, “aptitud oratoria”, “empeño que hace alguien de su fe y probidad en testimonio de lo que se afirma”, “promesa u oferta”, “derecho o turno para hablar en las asambleas”, “dicho, razón, sentencia, parábola”, etc.

Hablamos frecuentemente en la vida de “palabras clave”, “palabra reservada”, “palabra de Dios”, “palabra de honor”, “palabra de matrimonio”, “palabra de rey”, “palabra gruesa”, “palabra mágica”, “palabra ociosa”, “palabra picante”, “palabra preñada”, “santa palabra”, “última palabra”, “palabras al aire”, “palabras cruzadas”, “palabras de buena crianza”, “palabras de la ley”, “palabras del duelo”, “palabras de oráculos”, “palabras de presente”, “palabras libres”, “palabras mayores”, “buenas palabras”, “dos o cuatro palabras”, “medias palabras”, “ahorrar palabras”, “a la primera palabra”, “alzar la palabra”, “soltar o no soltar palabra”, “a media palabra”, “cruzar unas palabras”, “bajo su palabra”, “beber las palabras”, “coger la palabra”, “comerse las palabras”, “correr la palabra o pasar la palabra”, “dar la palabra”, “dar palabra y mano”, “dejar con la palabra en la boca a alguien”, “de palabra”, “de palabra en palabra”, “de pocas palabras”, “dirigir la palabra”, “empeñar la palabra”, “en una o dos palabras”, “escapársele una palabra a alguien”, “faltar a la palabra o a su palabra”, “gastar palabras”, “llevar la palabra”, “mantener la palabra”, “medir las palabras”, “mudar las palabras”, “ni palabra o ni media palabra”, “no decir palabra”, “no ser más que palabras”, “no tener más que una palabra”, “no tener palabra”, “no tener palabras”, “oír dos (o una) palabras”, “palabra por palabra”, “quitar la palabra de la boca”, “remojar la palabra”, “ser la última palabra del credo”, “sin decir palabra”, “soltar la palabra” (liberar de un compromiso), “tener la palabra”, “tener unas palabras con alguien”, “torcer las palabras”, “traer en palabra a alguien”, “tratar mal de palabra”, “vender palabras”, “venir contra su palabra” o “volverle a alguien las palabras al cuerpo”.

Todo ello da idea de la enorme importancia de la palabra. La Sagrada Escritura dice que el Hijo de Dios, el “Verbum” (la Palabra), se hizo carne, se hizo hombre. En los *Proverbios* de Salomón se lee: “Manzana de oro en canastilla de plata, así es la palabra dicha a su tiempo”. Las palabras constituyen la forma de los sacramentos, a distinción de su materia. Para Unamuno, “el valor del hombre consiste en su palabra”; y ésta, decían los clásicos, no debe nunca adelantarse al pensamiento. La palabra es el centro y el espíritu del diálogo y el diálogo remedia muchos males y resuelve muchos problemas; por eso se ha dicho que las palabras, mucho más que los hechos, separan a unas personas de otras.

El libro que nos ocupa recoge 381 términos por orden alfabético, desde *abacería*

¹ Intervención de D. Joaquín Criado Costa en el acto de presentación del libro, el 11 de diciembre de 2002, en la Real Academia de Córdoba.

hasta *zupia*. En cada página se reproduce el breve texto manuscrito de cada uno de esos términos.

De muchos de ellos hemos hecho un estudio comparativo entre lo que dice el *Diccionario* de la Real Academia Española, lo que recoge Corominas en su *Diccionario etimológico* o Félix Díez Mateo en el suyo y lo que opina Lorenzo Miranda Morán, el autor del libro. En este comentario recogemos sólo algunos:

De *abacería* dice la R.A.E.:

Abacería (de abacero): f. Puesto o tienda donde se venden por menor aceite, vinagre, legumbres secas, bacalao, etc. *Abacero* procede del árabe hispánico * *ṣaḥb azzād* = el de los víveres.

Corominas:

Abacería es derivado de *abacero* y éste de *haba*, que es el artículo que sobre todo vendía el abacero en sus orígenes. Está documentado en el siglo XIII en los *Fueros Leoneses* ("las fabaceras e los fabaceros no compren pescado reciente para revender") y hacia el año 1400 en el *Glosario de Palacio* ("abacero").

F. Díez Mateo:

Abacería procede del griego *abax*, *abakos* (aparador).

L. Miranda Morán:

Abacería procede del francés *épicerie*.

Abacería y *épicerie* proceden del latín *species*.

Aunque las reglas y los fenómenos filológicos no son matemáticos, resulta poco menos que imposible que *abacería* y *épicerie* procedan del latín *species*.

De *cerrojo* dice la R.A.E.:

Cerrojo procede del latín *verucūlum* (barra de hierro). Barreta cilíndrica de hierro, con manija, por lo común en forma de T, que está sostenida horizontalmente por dos armellas, y entrando en otra o en un agujero dispuesto al efecto, cierra y ajusta la puerta o ventana con el marco, o una con otra las hojas, si la puerta es de dos.

Corominas:

Cerrojo procede de *berrojo* (documentado hacia el año 1300 y alterado por influjo de *cerrar*).

Berrojo (español) y *verrou* (francés) provienen del latín vulgar **verrucūlum*, de origen incierto, probablemente modificación del clásico *verrucūlum*, diminutivo de *veru* (asador), por analogía de forma.

F. Díez Mateo:

Cerrojo procede del latín *verrucūlum*.

L. Miranda Morán:

Cerrojo procede del latín *ferrum*. Y el francés *verrou* (no *verron*, como aparece en el libro) también procede del latín *ferrum*.

La hipótesis de Lorenzo Miranda no tiene fundamento filológico por lo que se refiere al español *cerrojo*.

De *ducho* dice la R.A.E.:

Ducho (de etimología discutible: *ducho* deriva del latín *dūctus* o puede que de *dōctus*). adj. Experimentado, diestro.

Corominas:

Ducho procede del latín *ductus* (conducido, guiado), participio de *dūcre* (conducir).

F. Díez Mateo:

Ducho procede del latín *doctus* (docto).

L. Miranda Morán:

Ducho procede de *docto*. Y añade: "Sin embargo, *aguaducho* procede de

aquaeducto".

Ducho y *docto* son dobles de *dūctus* o de *dōctus*; más bien de este último. *Acueducto* y *aguaducho* son dobles de *aquaeductus*. Doble es una pareja de palabras con un mismo origen etimológico, pero con distinta evolución fonética, que dan un término culto (poco o nada evolucionado) y otro vulgar (más evolucionado); el ejemplo clásico es *cátedra* y *cadera*, que proceden del mismo étimo latino: *cathedra*.

De *manjar* dice la R.A.E.:

Manjar proviene del catalán antiguo o provenzal *manjar* (comer) o del latín *manducare* (comer).

Corominas:

Manjar proviene del catalán arcaico u occitano *manjar* (comer) o del latín vulgar *manducare* (comer).

F. Díez Mateo:

Majar procede del latín *manducare* (comer).

L. Miranda Morán:

Manjar procede del francés *manger* (comer) y éste del latín *manducare* (comer).

Manducare procede de *Manducus* (personaje de Plauto de boca de oreja a oreja, parecido a Carpanta).

Podría pensarse que *Manducus* procediera de *manducare*, pero al considerar Corominas el *manducare* como del latín vulgar, puede estar acertado Lorenzo Miranda.

Aunque hemos hecho similares comparaciones con las palabras "abalear", "aguarrás", "baca", "bandido", "médico", "precoz", "Barcelona", "Guadalajara", "Istambul" o "Estambul" y otras más, baste con las anteriores para sacar conclusiones.

El autor del libro *Palabras. Origen y evolución*, Lorenzo Miranda Morán, nació en Valladolid en 1900, último año del siglo XIX. Vivió en Madrid y allí cursó el bachillerato en el Instituto "Cardenal Cisneros", en la calle Reyes. Estudió Letras en la Universidad de Madrid y obtuvo la licenciatura en 1920. Cumplió su servicio militar en Madrid y en Marruecos, donde también ejerció de maestro en la ciudad de Teffer. En el mismo instituto madrileño ejerció de Ayudante de Letras, adjunto a la cátedra de Geografía e Historia, desde 1925. Viajó incansablemente y se aficionó a las lenguas, realizando cursos en Grenoble, París y Londres.

Ejerció como Auxiliar de Geografía e Historia en los institutos de Las Palmas y de Madridejos (Toledo). En 1932 opositó y ganó la cátedra de Francés del Instituto "Aguilar y Eslava" de Cabra (Córdoba). En 1935 publicó las obras *Historia de la Literatura Francesa* y *Pronunciación francesa*. En el 36 fue destinado a Palencia y en el 42 al de Córdoba, donde se jubiló en 1970, tras haber ejercido en los institutos "Góngora" y "Séneca", en la Facultad de Veterinaria y en la Escuela Industrial. Aquí falleció en 1989.

Lorenzo Miranda se había licenciado en Letras, como se dice en las solapas del libro —donde figuran sus datos biográficos—, pero muy probablemente no en Filología, ciencia que no sería recogida en los planes de estudios de las universidades hasta años más tarde, por lo que el libro no es un estudio o una investigación rigurosa sino unos apuntes manuscritos tomados "a salto de mata", en los que demuestra ser un políglota —árabe, francés, inglés, alemán... aprendidos probablemente en sus viajes y estancias en el extranjero— además del español y en los que pone de manifiesto su constante amor a las palabras, a la palabra.

El mismo amor que le demuestran los hijos al publicar los apuntes de su padre. Y esto es aleccionador.

Dr. Joaquín Criado Costa

SOCIOLOGÍA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL E HISPANOAMERICANO (1789-1985)

De José Manuel Cuenca Toribio. Madrid, Pegaso, 1986

El Dr. José Manuel Cuenca Toribio, Catedrático de la Universidad de Córdoba, es uno de los investigadores actuales que con mayor interés y acierto han abordado la investigación de la Historia de la Iglesia contemporánea. No es tarea fácil reconstruir estadios de una historia que ha guardado siempre con excesiva diligencia sus asuntos internos; una historia incardinada con frecuencia a los ámbitos de poder y, quizás por ello, desligada de la cotidiana experiencia de las gentes. El profesor Cuenca Toribio acomete el trabajo de mostrarnos las realidades y los deseos del episcopado en España, ciertamente profuso, y en Hispanoamérica, mucho más restrictivo; trabajo realizado con refinada acribia y la probidad científica que caracteriza al historiador.

Se trata de una segunda edición de la obra, en la que se avanza hasta el tiempo presente, con las aportaciones pertinentes de diez años de estudio entre una y otra. El autor advierte que, en esta reedición, se han incorporado los frutos de nuevas "investigaciones y trabajos sobre ciertos aspectos no desvelados o insuficientemente abordados" que ahora complementan aquellos primeros planteamientos. Si en un primer momento el estudio abarcaba desde 1789 a 1965, ahora nos encontramos con veinte nuevos años de sondeo histórico, hasta 1985, lo que justifica sobradamente la reedición.

La obra no es una mera exposición estadística de procesos y personas, aunque ciertamente es innegable la labor realizada por el profesor Cuenca en este sentido. Sobre todo nos muestra, con carácter normativo y analítico, los vectores de implicación que han venido incidiendo en la conformación de un estamento capital en la Historia de la Iglesia y, por ende, de las sociedades.

Cuatro partes conforman esta Sociología del Episcopado español e hispanoamericano. La primera abarca el antiguo régimen, entre los años 1789 y 1846; la segunda parte se sumerge en el tiempo del pontificado de Pío IX, años 1846 y 1878; la tercera analiza los ejes vertebradores del episcopado desde la monarquía de Sagunto a la República, desde 1878 al término de la guerra civil en 1939; y una cuarta parte que integra el tiempo del franquismo y la democracia, hasta 1985. Con sus pertinentes inflexiones, conforme a las características propias de cada periodo, estos cuatro grandes apartados revelan algunos paradigmas claves que encadenan de manera natural y necesaria unos periodos con otros. Son premisas nucleares las que se refieren a la extracción social de los preladados, su formación y estudios, los factores de permanencia y el influjo intelectual y político de estos episcopados en los sucesivos y divergentes procesos históricos.

Participo cordialmente de la opinión de Juan Bautista Vilar sobre la sistematización del profesor Cuenca a la hora de componer sus trabajos. El comentarista ya afirmaba, cuando se refería al libro *Sociología de una élite de poder en la España Contemporánea: la Jerarquía eclesiástica (1789-1965)* [Córdoba, Escudero, 1976], que este tratado monográfico era, a todas luces, modélico en cuanto a metodología, información y exposición [J. M. Cuenca: *Iglesia y burguesía en la España liberal*. Madrid, Pegaso, 1979]. Es incuestionable asimismo el portentoso esfuerzo del investigador para conformar esta exhaustiva nómina de preladados, aportando un material incontestable para el estudio de la historia eclesiástica en la Península y en Hispanoamérica. El rastreo por archivos y documentos excede toda previsión razonable. Los datos estadísticos suponen una labor procelosa que testifican asertivamente la capacidad del catedrático y el rigor de sus tesis y propuestas. Pero en ningún momento el autor pierde el rumbo cre-

yendo culminado un trabajo que, en su extensión y ambiciones, supera los limitados horizontes de un estudio monográfico. El historiador ha avanzado, sin duda, abriendo caminos y proyectando sobre la evolución del episcopado una luz proclive a descubrir nuevas sendas en la investigación histórica, aportando datos promisorios de interesantes líneas escrutadoras, desvelando aspectos que propician, además del conocimiento de una cronografía vital poco estudiada, los resortes y motivaciones que impulsan o modifican las directrices consideradas inmutables.

Hemos de pensar que en este trabajo es circunstancial la biografía concreta de cada uno de los obispos, cerca de un millar, porque lo que interesa verdaderamente es el estudio de un poderoso estamento en las diversas etapas de la Historia Contemporánea, que el autor articula con ingenio, integrándola en el contexto de las relaciones sin olvidar en ningún momento el objetivo original y la verdad de la argumentación. El profesor Cuenca conoce, como pocos, el canevas interno de la historia eclesiástica, cuyo trasunto pretende desentramar y señalar para mostrarnos la abigarrada cartografía de las connivencias y los conflictos entre Iglesia, Estado y pueblo, donde surgen las paradojas más sorprendentes. [Como el distanciamiento del episcopado de la grey, procediendo aquel, en su mayor parte, del estado llano], y las revelaciones más esclarecedoras. [La escasez de intelectuales y su dependencia de los poderes civiles].

Dadas las dificultades que plantean generalmente los estudios históricos sobre la Iglesia, la obra de Cuenca Toribio es un magnífico documento donde se entran los datos estadísticos, las interpretaciones sociológicas, el abundoso aparato crítico y un avezado sentido para captar con palmaria garantía las orientaciones que nos conducen a conocer el estamento más significado y relevante de la Iglesia en los últimos doscientos años de nuestra historia.

Manuel Gahete Jurado

EL PODER Y SUS HOMBRES. ¿POR QUIÉNES HENOS SIDO GOBERNADOS LOS ESPAÑOLES? (1705-1998)

De José Manuel Cuenca Toribio y Soledad Miranda García. Madrid, Actas, 1998

El doctor José Manuel Cuenca Toribio, acompañado en esta ocasión por la profesora Soledad Miranda García, acomete otra de sus ambiciosas empresas, marcadas por el tono macrocultural que caracteriza sus investigaciones y designa una peculiar manera de afrontar la historia contemporánea. En este libro se accede a una ingente información sobre la personalidad y el destino de los hombres que conformaron la elite de poder político de los últimos trescientos años de nuestra historia, desde 1705 a 1998.

La demografía ministerial nos aporta interesantes datos sobre la fluctuación de edades de incorporación a los cargos en el gobierno, predominando en todo caso el equilibrio de la madurez, sin sesgo alguno hacia la paidocracia o la gerontocracia. En el apartado de la edad obituarial adquiere notable relevancia la muerte violenta de muchos de estos ministros. No es menos curiosa la procedencia de los dirigentes, el *locus natalis* que nos habla de un florecido número de castellanos (sobre todo madrileños) y andaluces, sin que nos sorprenda la presencia de gallegos en los gabinetes del franquismo, favorecida por el carácter nómada de este pueblo del finisterre peninsular. El medio

urbano acaparó el mayor número de adscripciones ministeriales por la tendencia clara de las familias pudientes a abandonar los ambientes rurales. En el estudio se declara que no existe una clara correspondencia entre el origen geográfico y las carteras ocupadas, cifrándose cualquier opinión al territorio de la anécdota. Un tercer capítulo abarca el atrayente estudio de la extracción social de estos hombres y la incardinación familiar que favorece el relevo hereditario, siendo más que casual la influencia de las madres en este ordenamiento. Este proceso queda paulatinamente desintegrado en los últimos años de nuestra historia, sobre todo en lo que a la nobleza se refiere. El elemento castrense tendrá asimismo una presencia decisoria. Los militares, al igual que los abogados, favorecerán la ascensión ministerial de sus descendientes. Le van a la zaga los hogares donde el aura de la política se aspiraba genésica y vitalmente, poderoso motor vocacional y eje de linajes ministeriales. La trayectoria académica de los ministros, quizás uno de los aspectos más desconocidos de la biografía colectiva ministerial, nos presenta un tejido entramado en torno al *ordo clericalis* -sobresaliendo especialmente los cualificados educadores de la Compañía de Jesús, de cuyas aulas salieron cuarenta y nueve ministros-, que poco a poco, sobre todo tras la instauración de la Institución Libre de Enseñanza, va buscando nuevas vías de formación, aunque la confesionalidad del Estado entibiara cualquier brote o adarme de disidencia; prudente neutralidad que se ve propiciada por el discreto número de futuros gobernantes (23 en total) que van a estudiar en centros educativos del extranjero. Es relevante el número de universitarios, destacando los licenciados en Derecho y resultando notoria la crecida presencia de la Universidad de Deusto. Los centros castrenses de la Marina y el Ejército proveerán igualmente los escaños ministeriales. Los ministerios y sus ocupantes conforman el acápite más voluminoso. El *cursus honorum*, camino en exclusiva para llegar a la cúspide del poder, promovía la creación de una determinada figura, de un "hombre nuevo", proclive a dirigir los designios de la Administración Central y del Estado. Así lo argumentan el mayor número de las biografías. Objeto de codicia, desde todos los vértices se aspiraba a conseguir la ubicación en el panteón de los hombres ilustres, plataforma en espiral donde se disponía la elite que servía para abastecer las cumbres del Gobierno y, por ende, de la Nación: los apetecibles Ministerios de Estado, Justicia, Guerra y Marina, Hacienda, Interior, Ultramar, Fomento y Obras Públicas, Agricultura, Educación, Trabajo e Industria.

Efectivo y curioso es el retrato que los autores realizan del ministro tipo, de cuya credibilidad ecdótica adolece todo buen juicio: "El ministro tipo que ha gobernado a los españoles de los últimos trescientos años ha sido un varón nacido en Madrid -*locus natalis* muy compartido, en ocasiones con Andalucía y el País Vasco-, en el seno de una familia de burguesía media-alta, educado en sus primeros estudios en centros religiosos, licenciado en Derecho, de notable acervo político -alcaldías, gobiernos civiles, direcciones generales, subsecretarías-, densa actividad burocrática y no demasiado atraído por la vida de la cultura. Encumbrado a la poltrona ministerial al frisar, año más o menos, la cincuentena, se despedirá, en la Villa y Corte, del mundo de los vivos en edad longeva."

Preocupado especialmente por los procesos de cultura, el catedrático Cuenca Toribio y su avezada colaboradora dirimen con singular ironía el escaso interés que la cultura ha colectado entre estos prohombres. Desde la etapa isabelina al franquismo se franquean una serie de situaciones ciertamente significativas para comprender el evidente retraso cultural de España. Ni siquiera el grupo de catedráticos, el grupo ministerial franquista más poderoso después del militar, se esforzó mucho por plantear y llevar a cabo un proyecto serio de cultura. Pretextos más que textos han informado la depauperada

nobleza del espíritu y sus ansias regeneradoras. A su favor se indica que, habiendo sido reflejo de los defectos y virtudes del cuerpo social que han rectorado durante tres siglos, se han mantenido honestos a las responsabilidades del Estado.

La segunda parte del libro nos presenta una copiosa prosopografía ministerial de la España contemporánea, donde se relacionan alfabéticamente los nombres de los políticos que intervinieron con más o menos eficacia en el gobierno de la nación española. Con singular coherencia se diseccionan los diversos apartados del estudio, atendiendo a determinadas claves vertebradoras: Nacimiento y muerte, adscripción social prestando especial incidencia a los títulos nobiliarios, ocupación paterna, nivel de estudios y titulaciones académicas en su caso, profesiones y carreras profesionales, el cursus político en la administración del Estado, la calidad de parlamentario no siempre inherente, las etapas en que detentaron los poderes públicos y los ministerios que ocuparon; en definitiva, una exhaustiva recopilación de lo que probablemente sea la biografía colectiva más importante de la historia española de los últimos trescientos años.

La prosopografía se constituye de día en día en un instrumento imprescindible de investigación científica. Hemos de rechazar la obsoleta y recalcitrante teoría que niega el rigor de la ciencia, negándole la fertilidad de la historia, considerándola piadosamente como un sucedáneo de la sociología. Frente a estas desviaciones, la prosopografía se muestra como un objetivo método de indagación y revisión históricas, un mecanismo indispensable para describir sistemáticamente los grupos sociales relacionados con las elites de poder y la historia social de las instituciones. Metodológicamente adquiere un protagonismo inmanente que engloba por su extensión y finalidad las biografías individuales y los estudios demográficos.

No podemos olvidar la interesante bibliografía sobre los estudios prosopográficos que ganan terreno en el campo de la historiografía y en el análisis de las fuentes. Considerar que este método descuida valores esenciales como las ideas y creencias significa no haber comprendido el alcance de su uso. La recolección y clasificación de los fenómenos exige en consecuencia su revisión e interpretación. No se trata de meros inventarios. El reduccionismo sólo remite a la mediocridad. Cualquier historiador notable hallará en el trabajo prosopográfico una vía esencial de acceso a la historia, siendo como es un procedimiento eidético de exégesis científica, un conjunto de técnicas que propician y avalan el conocimiento. En este sentido los doctores Cuenca Toribio y Miranda García realizan una ingente labor de reconstrucción histórica, cuyos frutos no se empecen, presentándonos un cañamazo bien urdido que abre las puertas a nuevos estudios en el territorio ilímite de la historia que siempre espera una mano de nieve.

Manuel Gahete

ORILLA DE ZAFIROS

De Filomena Romero: XVII PREMIO "JUAN BERNIER".

Córdoba, Ateneo de Córdoba, 2002

El poeta descubre en los hechos cotidianos la materia sensible, lo invisible a los ojos. En todo ser humano vibra ese sino de saberse mortal, herido por la fatalidad de la flaqueza, por el aguijón de la injusticia, por el acicate de la angustia. El poeta actúa como un periodista de las emociones del alma, y su escritura está tintada por una extraña mezcla de argot periodístico y connotación metafórica. Participa plena e intensamen-

te de ese anfibológico discurso de la vida que nos lleva de la luz a las sombras, desde los destellos áureos de la orilla a la negrura inabarcable de los océanos. Filomena Romero, nuestra grata amiga, nuestra cercana escritora, quiere mostrarnos ese límite impreciso pero adivinable de las realidades y los deseos, el gran titular de Cernuda que nos lleva ya a considerarlo como un poeta arúspice, dotado de una extraña sensibilidad que lo diferencia del resto del mundo, siendo en su esencia tan igual a todos. Quizás en esta peculiar revelación estribe la magia y el misterio; ese fiero instinto de quien escribe sojuzgado por las imágenes y las palabras, las ideas y las pasiones, cuya energía fluye inopinadamente sin poderlas someter a nuestra voluntad o discernimiento.

La existencia no es fácil, sobre todo cuando adviertes ese aliento cainita que nos tunde, ese frío inhóspito de los hechos cuya sola presencia nos causa escalofríos. Filomena Romero escucha, abre los ojos, lee las últimas noticias y se estremece frente al mar inmenso de los hombres, donde la bosta y el cristal se hacinan, donde el marfil y la ruina se confunden. El poeta sigue siendo un delator menospreciado, porque su voz no es amena, ni grato su acento tras las líneas anónimas de los telediarios. Es un ser humano vivo que no duda en mostrar su sentimiento, que no se complace en él, que tiene miedo, pero no se calla ante la hipocresía o el engaño. Lo escrito permanece y es un arma incruenta que, a veces, los políticos esgrimen en sus declaraciones; y proclaman los oradores en sus discursos; y épicamente articulan los estadistas en sus arengasseudofilantrópicas.

La palabra del poeta se ahoga en el oscuro mundo mediático de las ambiciones. Su savia y su veneno yacen como zafiros en las orillas, abrasadas piedras bajo los pies desnudos de los que caminan sin aliento, guijarros puntiagudos que ni siquiera rozan la delicada piel de los poderosos. Lo que no significa que haya de callarse porque en su esencia manifiesta algunas de las mejores cualidades de la raza humana: la sublimación de la belleza y la aspiración de la justicia. Juana Castro advierte este doble significado de la poesía de Filomena Romero, el doble eco culturalista y social abrazado por una voz lírica única, palpitante, hirviendo en la difícil redoma de la introspección anímica, litigando en la procelosa andadura de lo real y lo retórico.

Y el mar como horizonte, ese destino aciago donde sucumben siempre los manriqueños ríos de la vida. Y el amor como bálsamo: ¡Oh tú mi amada fuerza amada fuerza mía, fuerza de mi destino todo entero! Amor sin nombre, sin género, sin leyes, como el ardor irrefrenable de la naturaleza, en el álgido misterio de la búsqueda, sortilegio de existir, heredad de la poesía donde cabe el universo y el reducido ser de cada hombre y cada mujer sin discriminaciones ni prebendas, porque para todos fluye el agua de la vida. En este poema incesante, pronunciado como un monólogo o un diálogo íntimo, se descubren los ecos interiores, la incertidumbre, el ansia, la sed de trascendencia, el pesimismo, el miedo, la impotencia, la soledad, el azote de la vida que te va desnudando de los sueños.

Y en este vértigo tan fieramente humano se adivina el vademécum de otras voces flamantemente altas, entramadas en el ágil y personal discurso de Filomena Romero, acuñadas con brocas de oro en el tapiz de la sangre: Las aves peregrinas del errático Bécquer (19); la negra pena negra del granadino Lorca (20); el paraíso o isla del ínclito Aleixandre, con sus jugosos versos de pájaros y frutos (21); la sensualidad amarga de una magnolia negra que evoca a Juana Castro (25); la sentenciosa primavera recurrente de Ricardo Molina (31); el Blas de Otero más clamoroso y digno proclamando la paz y la palabra (57); el frío y el fuego de la voz que me nombra (61).

Cosmogonía, panteísmo, fraternidad sin límites rezuma en estos versos; la generosidad de un cálido corazón desbocado que pretende fundirse con la lluvia para inundar

de calma un mundo injusto; voz natural, benéfica que se expande, que alcanza las últimas geografías, las menos amparadas por la mano del hombre. Es esta 'tierra herida de tantos ríos secos' la que ahonda en el ánimo de esta mujer desraizada de su natal Melilla, afincada en Málaga desde los nueve años, y habitante del mundo; esta mujer que clama por la paz no fingida, por la universalidad de la raza humana, por el redescubrimiento de la identidad paritaria de hombres y mujeres; una voz profética, necesaria, viva, lustrada por el vino más dulce y la miel más acerba, tronco común de viejas y nuevas culturas, eco interior desafortunado donde parecen escucharse los gritos de las bestias, el clamor de las víctimas, la agonía de los cláxones, el cerco de las máquinas, el barro rojizo de la sangre, el gozo líquido de la arena húmeda, el aceite sacrificial de la victoria, el abrasivo sorbo de la muerte.

Es bastante posible que Juan Bernier hubiera ratificado con su hedonista obsesión y su vital pesimismo muchos de estos versos hirientes y exultantes del decimoséptimo premio de su nombre. El Ateneo de Córdoba no ha descubierto una nueva voz, porque ya existía intensa y vibrante en su universo mediterráneo, pero sí difunde sus ecos interiores en este libro nuevo y vigoroso que nos impulsa a reflexionar sobre la reprimida libertad de haber nacido, a recapacitar acerca de la inalienable responsabilidad que, al nacer, asumimos de que la vida sea un poco mejor para todos; a reconsiderar ese derecho urgente, luminoso e indefinido, de sabernos hermanos y herederos de esta tierra en cualquier rincón del universo.

Manuel Gahete
Académico Numerario

RESQUICIOS: UNA FOTOGRAFÍA EN NEGATIVO

Resquicios. Rafael Alcalá. Prólogo de M.^a Asunción Mateo. II Premio de Poesía "María Luisa García Sierra, 2000". Colección de Poesía "Villa de Bornos, 2. Edita: Área de Cultura del Ayuntamiento de Bornos. Bornos, 2001.

En el prólogo de este libro, que empezamos calificando como sencillo, directo y tremendista, se atreve a escribir María Asunción Mateo que la mayor parte de sus poemas constituyentes tienen tan "evidente signo negativo que parecen un descenso a los infiernos, a los más bajos instintos de la condición humana". Un atrevimiento plenamente justificado, pues, según vamos descubriendo, los que encontramos descritos son seres siniestros y malignos que encierran en su interior (no por su oficio, sino por su condición más íntima) el germen de actos inequívocamente reprobables. De esta manera, si en el caso del ejecutor -aclaremos de paso que en la primera parte se habla de "oficios" y en la segunda de "fases"- se dice que "un férreo impulso, de fuerza incontenible, marcaba su destino", en el del vigilante se muestra la negación de todo atisbo de bondad: "No necesita amar ni ser amado", "siempre ronda al acecho", "sonríe despiadado ante el dolor ajeno". En el mejor de los casos se plasma la vida de los personajes en cuya conducta late la insolidaridad y el egoísmo, con lo cual se consigue sentar el convencimiento de que el presente es denostable o, cuando menos, nostálgico ("Evocaban los tiempos de fértiles cosechas"). El pesimismo y la pérdida de confianza son innegables, pero Rafael Alcalá logra interesarnos en la sordidez de su mundo escogien-

do un ritmo de escritura rápida, con versos levemente asonantados sin esquema fijo, una narración “in crescendo” y, hasta en alguna ocasión, inteligentes juegos lingüísticos que esconden una intención satírico-burlesca de la que debe derivarse el correspondiente repudio social. Los poemas, en realidad, son una excusa para exponer una fotografía en negativo de parte de nuestra sociedad (aunque la extensión a toda ella parece inevitable), denunciando a aquéllos a los que sólo mueve el interés de ciertos individuos (la madre, el anciano) a los que se posterga injustamente: esto explica que el hombre se sienta, en su vejez, como “una estatua muy humilde a la que nadie observa”.

Rafael Alcalá, interesado en ver con curiosidad incesante a través de los “resquicios” que la vida le ofrece, da la vuelta a los argumentos iniciales de sus historias y acaba demostrando que cuantas presunciones y convicciones poseemos son sólo apariencia: la maldad puede ser el polo opuesto de la falsa bondad; el anacoreta es, en el fondo, un negociante disfrazado; y hasta en el poeta se instaura la decepción como un sentimiento imborrable dado que deja transcurrir su pensamiento “sin hurgar en la llaga profunda de su ser”. Todo en este libro apunta a la ambigüedad, al juego de contrarios, a la aceptación de que con nosotros camina también nuestra “sombra”, símbolo de nuestro doble maligno y traicionero: “máquina de maldad/ sucia y maloliente”. Lo poéticamente subversivo de este libro está, pues, en la negación constante de la hermosura y de lo positivo (reténgase, en esta línea, el título ‘Nihilista’), admitiéndose como un hecho que si el hombre se desprende de su sufrimiento es con la malsana intención de traspasárselo a otro hombre. La última composición de la obra es paradigmática y concluyente de su contenido: se hace notar que la “oscuridad” (símbolo de nuestras tendencias negativas) es innata del ser humano (“nace con nuestra vida”), ocupa su existencia y se expande amenazante, pues con ella “aniquilar podríamos cuanto de bello queda cerca de nuestros ojos”. Aunque la esperanza (concepto apenas esbozado en el poemario) no esté perdida (“Será punto de apoyo para aquellos que vengan/ a levantar un roble en medio de cenizas”), su consecución será ardua y quizá imposible.

Antonio Moreno Ayora

MIGUEL CASTILLEJO GORRAIZ

Fuente que mana y corre, edición crítica de Manuel Gahete, Revista Literaria Ánfora Nova, n° 51-52, Rute, 2002, 197 págs.

La Revista Literaria Ánfora Nova ha publicado en su volumen doble n° 51-52 el poemario de Miguel Castillejo Gorráiz *Fuente que mana y corre*, un libro en cuyas páginas iniciales se concitan el comentario de L. Alberto de Cuenca, como presentador, la exégesis literaria de Pablo García Baena, como prologuista, y la exacta etopeya de Miguel Salcedo Hierro como glosador de quien ha realizado la correspondiente edición crítica, Manuel Gahete, consolidado poeta con prestigio nacional reconocido –recuérdese que su último poemario, *Mapa físico*, ha merecido el Premio Nacional de Poesía Ángaro- y valioso ensayista de cuya capacidad dan fe, entre otros libros, los titulados *La oscuridad luminosa* (1998), *Cuatro poetas recordando a Dámaso* (2000) o *Textos con pretexto* (2001). De él, de quien afirma L. Alberto de Cuenca que es “Poeta y estudioso, conocedor por experiencia y ciencia de todos los resquicios del alma y su vértigo irrefrenable” (pág. 9), debía esperarse esta excelente edición que ordena, revi-

sa, comenta y anota exhaustivamente la producción poética de Miguel Castillejo Gorráiz, merecedora de una mayor difusión en el ámbito literario.

A los pocos días de editarse la obra, encontró rápido eco en los suplementos *Cuadernos del Sur* (*Diario Córdoba*, 19-12-2002, pág. 10) y *Papel Literario* (*Diario Málaga-Costa del Sol*, 8-12-2002, pág. 2). En este último, Francisco Peralto opinaba que el libro de Miguel Castillejo Gorráiz “enriquece el patrimonio de la poesía cordobesa en particular y de la poesía religiosa en general”. Sin olvidar, pues, esos primeros comentarios, aportamos ahora nuestro particular punto de vista por si puede servir como orientación para la lectura de la poesía de Castillejo Gorráiz.

Es evidente que la adecuada comprensión del poemario –dividido internamente en tres apartados de reconocible raigambre sanjuanista– depende en gran parte de las apreciaciones críticas que hace Gahete en su “Introducción” (págs. 19-52), en todo punto necesarias por cuanto explican la génesis, evolución, influencias y carácter temático de la obra de Castillejo Gorráiz, de cuya poesía el editor va dando pistas continuas, en forma de exégesis crítica o de anotaciones puntuales, para diferenciar las diferentes etapas de la poesía del sacerdote cordobés, para discernir la cercanía literaria con otros poetas (Góngora, Cristóbal de Castillejo, san Juan de la Cruz...), y para resaltar oportunamente las aportaciones personales del poeta o la estructura compositiva de muchos de sus textos.

La lectura de la primera parte, “Fonte que mana”, arranca con los versos de un primer subapartado cuyo título (“De la vía purgativa”) confirma su inspiración religiosa y permite que se incluyan poemas de métrica clásica en los que el protagonista lírico queda representado, las más de las veces, como un personaje sufriente agobiado por la tristeza o la soledad. Unos son poemas de carácter intimista y otros de índole más narrativa, referidos a pasajes evangélicos o simbólicos, pero siempre con la nota común de ser versos juveniles que contienen indudables aciertos líricos, expresivos o léxicos gracias a los cuales se va conformando una poesía “que –como escribe Gahete, pág. 189– nos advierte ya de sus cualidades”.

Los deseos del sujeto lírico de ser iluminado y orientado por Dios (“Absorta sólo en ti mi alma se vea”) hacen que en el siguiente subapartado (“De la vía iluminativa”) el poeta muestre una mayor seguridad por su elección individual del ejercicio del sacerdocio. En todo momento se mantienen la exaltación de la divinidad y la complacencia por ser instrumento de su poder, evidentes sin duda en estos versos que a la vez que remiten a san Juan de la Cruz le sirven para dar título a toda esta primera parte del libro: “Que, entre tanto se derrama / El río, nace una fuente / De agua nítida en mi alma”. Así, el convencimiento del alma en admirar y acompañar continuamente a Dios se hace verso –frecuentemente impregnado de bucolismo religioso– en la posterior “vía unitiva”, cuando el poeta ya no duda en declarar: “Abre, que quiero incensarte. / Quiero que mi corazón / No tenga más ilusión / Que la de siempre alabarte”.

La segunda parte, “Fonte que corre”, tiene la particularidad de reunir un conjunto diverso de composiciones provenientes de libros ya publicados por el autor. Hay poemas laudatorios a la Virgen (compuestos en parte por seguidillas y en parte por sonetos que tienen como motivo los cuatro elementos de la naturaleza); otros son décimas o romances dedicados a san Rafael; y otros, versos sacros inspirados por episodios de la Semana Santa. En la mayoría de ellos prevalece su origen “circunstancial” (por ejemplo, “llama viva, lumen, sol / que alumbra la fe de Priego”), constatación que no impide que aparezcan modulados por el sentimiento auténtico y la atención creadora. El poema “Paráfrasis de la saeta de Antonio Mairena”, de esta tercera sección, conectará por su temática con la siguiente: “4. La saeta, oración del espíritu”, un bloque cuya extrema

brevedad —comprende tres composiciones- volveremos a ver repetida en los otros tres con que se completa esta segunda parte. La síntesis de unos y otros permite descubrir a un poeta que, ante los misterios y vivencias marianas, cofradieras o pasionistas, estalla de puro sentimiento y lo convierte en oración íntima, en plegaria fervorosa, en saeta culta o vibrante soneto liberador de congojas. Es posible que algunos de estos poemas no aporten originalidad temática o estilística, pero sí son singulares por su invención o por configurar nuevas variantes métricas, como ocurre (además de en otros casos) en el titulado “Sendero de perfección”.

El libro concluye con una última parte que es, en cierto modo, la menos sanjuanista (a pesar de llevar el rótulo “Aunque es de noche”) y la más heterogénea, puesto que une tres poemas juveniles de inspiración navideña y otro de madurez que el autor había publicado en una antología colectiva de 1999.

El hecho de ofrecer como un solo corpus todos los textos lírico-religiosos de Miguel Castillejo Gorráiz, relacionando, cuando es posible, los versos de la primera época con las posteriores; de analizar sus imágenes poéticas y de acotar sus aspectos histórico-literarios; y en fin, de presentar a la opinión pública un libro plenamente justificado por su temática y por el estilo del autor, hacen que esta edición se constituya como una nueva joya de la literatura cordobesa, entre otras razones por una de indudable peso literario aludida por M. Gahete (pág. 27): porque “Lo bíblico y lo mítico quedan mancornados en la voz del poeta, que rezuma el vasto acervo de la tradición inmarcesible”.

Antonio Moreno Ayora